

Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



Separata

MJ 464 (Septiembre 2015)

estudios

Páginas 15-24

**Cualquier parecido
con la realidad...**

ATANASIO SERRANO GARCÍA, SDB
Párroco en Alcalá de Henares (Madrid)

ALICIA RUIZ LÓPEZ DE SORIA, ODN
Responsable de pastoral en el colegio de la Compañía de María de Almería

Cualquier parecido con la realidad...

ATANASIO SERRANO GARCÍA, SDB, párroco en Alcalá de Henares (Madrid)

ALICIA RUIZ LÓPEZ DE SORIA, ODN, responsable de pastoral en el colegio de la Compañía de María de Almería.

Síntesis del artículo

Dos personas con amplia experiencia pastoral convierten en narración algunas de las tentaciones de los agentes pastorales descritas en *Evangelii Gaudium*. Seguro que el lector pensará en situaciones parecidas y los dos textos pueden servir para la revisión personal y comunitaria.

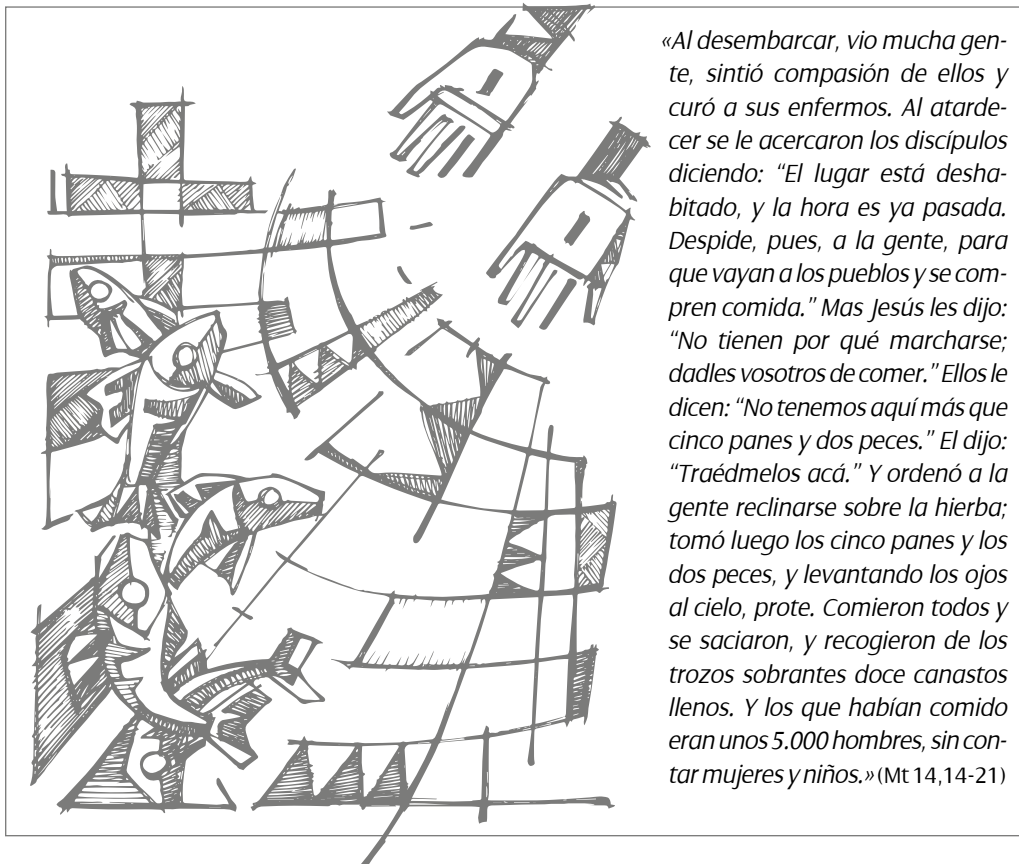
Abstract

Two people with extensive pastoral experience turn into narration some of the temptations faced by pastoral workers described in *Evangelii Gaudium*. Surely the reader will think in similar situations and the two texts may be used for personal and community review.

1 Acedia (desidia) egoísta. «Escapar de cualquier compromiso»

Esta historia que sigue es una reconstrucción -basada en hechos reales- de lo que sucede en algunas parroquias o comunidades cristianas. El estilo de relato novelado que se me ha pedido ofrece unas posibilidades que hay que saber leer entre líneas. Cuando el papa Francisco habla de las tentaciones de los agentes de pastoral, enumera,

entre otras, la "acedia egoísta": "El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable" (EG 82). "Así se gesta la mayor amenaza, que es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad" (EG 83).



«Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos. Al atardecer se le acercaron los discípulos diciendo: "El lugar está deshabitado, y la hora es ya pasada. Despide, pues, a la gente, para que vayan a los pueblos y se compren comida." Mas Jesús les dijo: "No tienen por qué marcharse; dadles vosotros de comer." Ellos le dicen: "No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces." El dijo: "Traédmelos acá." Y ordenó a la gente reclinarsse sobre la hierba; tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, prote. Comieron todos y se saciaron, y recogieron de los trozos sobrantes doce canastos llenos. Y los que habían comido eran unos 5.000 hombres, sin contar mujeres y niños.» (Mt 14, 14-21)

1.1 El caso de D. Marcos

Don Marcos es el vicario parroquial de una comunidad cristiana urbana. No suele intervenir mucho en las reuniones de curas o de los diversos grupos parroquiales. Cuando lo hace, suele manifestar su desacuerdo con las opiniones o con los temas que se tratan, incluso con mofas o chistes. A menudo se burla o ríe de otros compañeros, siempre con un tono ácido y negativo. Don Marcos tiene mucha experiencia pastoral y ya "se las sabe todas". Sabe que una cosa son las "buenas intenciones" y otra las realidades. Así que digamos que "está un poco de vuelta" y prefiere que la gente no se embarque en nuevas actividades que al final seguro que no salen adelante. Por eso Don Marcos prefiere frenar a impulsar.

Don Marcos celebró el año pasado sus Bodas de Plata de ordenación sacerdotal. Recibió varios regalos de feligreses, amigos y familiares. En la reunión de curas del arciprestazgo nos presentó varios pequeños aparatos de última generación, según él, que recibió en su fiesta. Ese día estaba más hablador que nunca y bastante entusiasmado. Nos comentó que el regalo que más le gustó, sin duda, fue el que le hizo quien fuera su primer monaguillo, hoy ya "Doctor Martínez", y su mujer: pasar la Semana Santa con ellos en la casa que tienen a pocos metros de una playa en el Mediterráneo. Nos comentaba los detalles una y otra vez, intercalando constantemente referencias de sus vacaciones entre los temas pastorales que tratamos.

Cuando hace dos años llegó Don Marcos nuevo a la parroquia que está en el centro de la ciudad, el párroco, Don Pablo, lo estaba esperando “como agua de mayo”. Enseguida le puso al corriente de varias acciones o proyectos que llevaba en el corazón desde hacía algún tiempo, pero que no había podido poner en marcha:

- la creación y atención de un grupo de acogida de emigrantes -entre los cuales había cuatro que le habían pedido algún Sacramento de Iniciación-,
- el seguimiento de los jóvenes confirmados en años anteriores -que se les van y no los vuelven a ver-,
- las catequesis a los padres de los niños de Primera Comunión.

Don Marcos escuchó con atención. De todos estos compromisos, sin embargo, se fue zafando el P. Marcos porque, según él, tenía bastante con las clases de Religión Católica en el Instituto, ser consiliario de la Cofradía de la Virgen de la Cabeza y la misa diaria siempre que pudiera.

Con las clases de Religión Católica en el Instituto comenzó muy eufórico y entusiasmado. Con facilidad dejaba otros asuntos para dedicar tiempo y energías a recopilar recursos y cosas para “hacer” en clase con sus “amigos” los alumnos. Por eso nos resultó raro y difícil de comprender que, a mediados de febrero, le dieran la baja médica por depresión y comenzara su rueda de reconocimientos médicos. Apenas se dejaba ver y dejó de participar asiduamente en las reuniones y encuentros de curas.

Los miembros de la Cofradía de la Virgen de la Cabeza, sin embargo, estaban contentos con él. Participaba en las reuniones y tenía siempre alguna palabra cuando de animar excursiones o eventos se trataba. No obstante, algunos comentaban su cambio de

carácter: pasaba del dulzón y condescendiente al iracundo y agresivo. Bastaba que no se aprobara algo suyo, que no fuera lo suficientemente escuchado o reconocido, para que manifestara su enojo y su rechazo. No era fácil hablar con él en privado, y menos aún pedirle una palabra de acompañamiento o de guía espiritual. Cuando alguien acudía a él con estas intenciones, tenía que escuchar antes o después un largo monólogo del P. Marcos en el que desgranaba las muchas “medallas” que merecía y que le habían sido negadas o no reconocidas: sus estudios y especialidades desde los años de seminario, sus trabajos en la primera parroquia como vicario parroquial para los niños y jóvenes, lo que lo quería la gente, los cambios de parroquia que le hicieron, tan desafortunados e injustos, pues él no se merecía eso.

Un día algunos compañeros sacerdotes lo reconocieron cabalgando en una yegua torca con otros miembros de la Cofradía por la Calle Mayor; era el día del Rocío Chico en nuestra ciudad; y se extrañaron de verlo tan bien físicamente cuando aún estaba de baja por depresión. El hecho se comentó en la reunión a la semana siguiente; él calló para luego comunicarnos su intención de dejar la Cofradía “porque no tenía arreglo”.

—Creo que lo que debes hacer ahora es, sobre todo, cuidar tu salud y tu vocación— le dijo el bueno de Don Pablo.

—Si es que tenía que tener “algo interesante para hacer”. Me aburro. Los días se me hacen eternos, comenta Don Marcos, mientras sigue tecleando algo en su tableta regalo de las Bodas de Plata Sacerdotales.

—Por cierto -interviene el P. Antonio—, ¿te siguen pagando lo de las clases de Religión?

—¡Hombre, claro! No ves que estoy de baja; ¡pues apañado estaría yo si no!

—Bueno, hombre, yo ya te presenté hace tiempo algunas «misiones periféricas» que tenemos pendientes en nuestra parroquia. Ahí siguen. Si tú quieres... tienes todo mi apoyo—dijo con suavidad, y hasta con cariño, D. Pablo.

—¡Je! ¡Como para misiones periféricas estoy yo!

—Yo creo que las «misiones periféricas» tienen que salir de la «Misión Interior»—sentenció D. Anselmo, sacerdote y religioso y párroco de una de las parroquias periféricas de la ciudad—. Y continuó: permitidme que os cuente una historia que me sucedió a mí, una historia verdadera.

1.2 La historia de Anselmo

“Hace unos años, cierto día en mi comunidad nos disponíamos a cenar, cuando un vecino nos avisó que la iluminación de la capilla exterior de la Virgen que hay en los jardines del Santuario estaba apagada. Todo el jardín estaba oscuro. Sabéis que no es mucha la iluminación, pero hay varias personas que acuden a rezar, meditar... o lo que sea. Se enciende y se apaga ella sola con un dispositivo automático, pero parece que alguien lo había inutilizado. Nadie parecía darse por aludido o implicado. Entonces salí yo; y lo hice, es verdad, un poco contrariado y protestón, juzgando a mis hermanos que se habían quedado cómodos en la mesa.

Cuando llegué, y estando todo a oscuras, oí una voz de mujer que me decía:

—¡Oiga! ¿Hay alguien por ahí? ¡¡Oiga!! Por favor, busco a un sacerdote. ¿Me puede ayudar?

Yo me quedé medio aturrido por la sorpresa y casi no acerté a contestar:

—Ssssh... Sí. ¿Quién es? ¿Quién anda por ahí?

—Soy yo. Busco a un sacerdote para algo muy urgente. Usted es...

—Sí, yo soy un cura. ¿Qué desea? - Se acercó a mí—. Mire, vamos hacia la luz para poder nos ver—. Era una mujer bastante joven, bien presentada, bien guapa.

—Es que, mire -siguió diciéndome con prisa—, el padre de una amiga mía está agonizando en el hospital y me pidió ella como un favor muy especial que le buscara un sacerdote para que le dé a su papá los sacramentos o algo... Y ya llevo recorridas otras dos Iglesias y no lo consigo. Por favor, padre, ¡acompañeme a las urgencias del hospital, se lo ruego! Yo lo llevo y lo traigo con mi coche.

Era de noche, una mujer totalmente desconocida... Sin embargo no tuve tiempo ni de plantearlo o dudarlo:

—Sí, ¡claro que voy! ¡Cómo no! Déjeme que recoja los Santos Óleos y otras cosas y se lo diga a los hermanos.

Los hermanos me cuestionaron: ¿No vas a cenar antes? ¿Conoces a esa mujer? ¿Y al enfermo? ¿Es de nuestra parroquia? ¿Es misión tuya esa? ¿No hay un capellán en el hospital? ¿De noche y con una mujer desconocida tal como andan las cosas? ¿Estás seguro?...

—No, no estoy seguro de nada, ¡¡pero voy a ir!!

La señora me llevó en su elegante coche atravesando casi toda la ciudad. Cuando llegamos a las Urgencias del Hospital saludé a la amiga y al resto de la familia. Pedimos a los médicos permiso para pasar. Nos lo dieron pronto. Pero dijeron que pasara yo solo. Un médico me llevó aparte y dijo que quería decirme algo en privado:

—Mire, padre, ese señor no tiene solución, de hecho está clínicamente muerto. Lo estamos manteniendo con respiración y demás medios porque la familia no acepta su muerte. Ayúdenos a comunicarle este mensaje a su esposa y al resto de familiares, por favor.

Dejaron pasar a la esposa y a los hijos. Nos reunimos en torno al enfermo, que estaba completamente inconsciente y muy intubado y conectado. Yo me dirigí a él y, tomándole una mano, le hablé cariñosamente, como si fuera consciente del todo. Le informé de quién era y de que allí estaba toda su familia, que lo quería mucho. Lo invité a arrepentirse y le di la absolución. Rezamos todos agarrados de las manos y le impartí el Sacramento de la Unción de enfermos. Permanecimos un rato allí en silencio. Hubo lágrimas y caricias con gemidos contenidos y una vez fuera informé a la familia de la gravedad y que estuvieran dispuestos para lo peor. En el pasillo de las urgencias alguien me reconoció como sacerdote y me pidió que pasara donde estaba su anciana madre en las últimas. Lo hice. Eran más de la una de la mañana. Aún pude saludar y consolar a otros en aquél espacio de dolor. La "amiga" me devolvió a mi casa cuando ya eran más de las dos de la mañana. ¡Y sin cenar!

A la mañana siguiente me avisaron de que el enfermo había fallecido al amanecer, que deseaban tener el funeral de *corpore insepulto* en nuestra iglesia, y que por favor fuera yo el que presidiera la Misa. De nuevo dije que sí a todo. Cuando estaban todos en la iglesia, al comienzo de la Misa, los invité a que se sentaran y les conté cómo había sido el encontrarme la amiga esa noche junto a la capilla de la Virgen a oscuras. La esposa del difunto se puso en pie y dijo que quería decir algo. Por un momento me temí algo malo, sobre todo cuando comenzó así:

—¡Mi marido no era un hombre muy bueno que digamos!!

—¡Puff...!

—¡Pero mi marido siempre pedía a la Virgen que no lo dejara morir sin la presencia de un sacerdote! ¡Creo que ha sido Ella la que lo ha buscado a usted!!



Los acompañé también hasta el cementerio. Y hasta noté que comenzaban a tratarme casi como si fuera de la familia. Me iban presentando a otros allegados y en los días siguientes vinieron a saludarme a la parroquia. Eran de los llamados "alejados" de la Iglesia; bueno, pues a día de hoy siguen no solo acudiendo a Misa los domingos, sino que varios de ellos están involucrados en la Comunidad Parroquial. ¡Fin de la historia!"

1.3 ¿Cuál es tu lógica?

Interviene de nuevo Don Pablo, que ha estado muy atento:

—Esta historia, que nos ha contado Anselmo, es aleccionadora y me da que pensar. Los amigos de D. Anselmo funcionaron con la lógica de lo seguro. El funcionó con la lógica de “arriesgar”, que lleva en sí la persona de fe.

—Arriesgar y estar disponible, no encerrado en lo suyo...

—Date cuenta, Marcos, y démonos cuenta todos, de que todo sucedió por estar disponible para una minucia: ¡encender el farol de una capillita del jardín!

—Las cosas se van encadenando unas a otras... Te dejas llevar y al final, solo al final, descubres que el compromiso y la disponibilidad tejen una historia en la que Dios va “haciendo de las suyas” y acercándose a los hombre y mujeres que menos nos lo esperábamos.

Aquella reunión no se me puede olvidar. Quizá al P. Marcos tampoco, pero eso ya es tema de otro capítulo.

ATANASIO SERRANO GARCÍA
ataserrano@hotmail.com



«Biblioteca de l'École Biblique de los dominicos en Jerusalén: dos de mediodía, allá por abril del año 87. La sala desierta y yo sentada delante de una mesa llena de libros y diccionarios, con toda una tarde de estudio por delante y conectada, como único consuelo, a una emisora de música clásica a través de un pequeño transistor.

Desde mi vocación frustrada de directora de orquesta y aprovechando la soledad, me puse a dirigir con la derecha la Sinfonía 40 de Mozart, mientras sostenía un libro con la otra mano. Al cabo de un rato, levanto los ojos y veo a un cura pakistaní, vecino habitual de mesa, parado en el umbral de la puerta mirando hacia mí con asombro. Como de lejos mis pequeños auriculares eran invisibles y sólo percibía el frenesí descontrolado de mi mano, debía pensar: «Esta pobre mujer, tantas horas aquí sentada, ha debido trastornarse un poco...». Hice como que me rascaba la cabeza para disimular, suspendiendo en el acto el concierto. De entrada, me reí por dentro por lo ridículo de la situación, pero luego empecé a verla como una preciosa parábola: ¿y si la fe fuera la música interior a la que damos oído, que nos hace movernos con un determinado ritmo y a realizar unos gestos incomprensibles para quienes no la escuchan? Y cuando decae nuestra danza, ¿no será porque nos hemos desconectado de la frecuencia del Evangelio?»

Dolores Aleixandre en:
http://www.opuslibros.org/escritos/cambiaste_miluto_endanza.htm

2 ¡Te brillan los ojos!

Querido lector/a:

Déjame que comparta contigo algo que se ubica entre lo ficticio y lo real. Me brota de la imaginación y la experiencia, fuentes inagotables de creatividad y sabiduría para ti y para mí. En este escrito te invito a contemplar debilidad y fortaleza entremezcladas en unos personajes hoy en día curiosos y sin perfiles definidos: los agentes de evangelización.

En este escrito encontrarás dos partes bien delimitadas: una primera versa sobre un encuentro de acompañamiento espiritual, con dos personajes, Lidia y Mariola; en la segunda hallarás una conversación también entre dos protagonistas, la ya conocida Lidia y una nueva llamada Ana. Quizás visuales que los agentes de pastoral *están en cadena* cuando realizan su tarea de anuncio de la Buena Noticia, si es que esta imagen te sirve para expresar que se pueden y deben enlazar unos con otros ayudándose entre sí.

Te anticipo que numerosas expresiones, e incluso párrafos, son ideas o textos literales del Papa Francisco que aparecen en su exhortación apostólica, la *Alegría del Evangelio*, para referirse a algunas de las tentaciones que él cree que hoy afectan a los agentes pastorales. ¡Parecen éstas tan acertadas, tan dignas de ser meditadas! Mi labor ha consistido en tratar de mostrarlas *in situ*. A ti te pido que dejes resonar en tu interior el encuentro y la conversación, para ser a continuación tú quién cree tu propia historia de tentaciones en el apasionante desafío de identificarte con Jesús de Nazaret en actitudes y actos. ¡Ánimo! ¡Recibirás luz!

2.1 Un encuentro

¿Acaso es posible acompañar espiritualmente a quién se ve tentado, estando siendo a la vez tentada? –se preguntaba, al experimentar una desagradable alteración interna, inducida por una semana de trabajo que le había llevado a

la fatiga física y a un nuevo fracaso en la respuesta a una propuesta pastoral muy meditada que por la mañana había realizado a un grupo de jóvenes universitarios. Era sábado por la tarde. Mientras consumía una tableta de chocolate en la sala tomaba conciencia de un anhelo profundo, deseaba sentir la paz del alma que es propia de la acción de Dios. Faltaban pocos minutos para que llegase la chica que compartiría con ella sus vaivenes espirituales. Quizá no fuese un momento adecuado para recibirla. Lidia había aprendido hacía tiempo que lo importante no eran los sentimientos pasajeros que le albergasen sino la acción de Dios en su ser íntimo; pero ésta hacía tiempo que se empeñaba en desdibujarse. Estaba turbada, sin paz ni alegría auténtica.

Mariola aparece sonriente. Su vida empieza a unirse a la de Jesucristo y ello se nota en una entusiasta docilidad para seguir los impulsos que le llevan a superar las contrariedades y releer lo que le acontece en clave cristiana. Su aspecto es desenfadado y su conversación espontánea. Expresa sentirse atraída por Jesús, especialmente por apreciar en él una libertad inaudita, en una especie de aleación con la misericordia. ¡Esto le seduce! ¡Le da vida auténtica! ¡Le otorga sentido en su actuar! Lidia siente que le llega aire fresco con ella, brisa suave del Espíritu de Dios.

En darse a conocer, Mariola es transparente. Habla de su relación con Dios con naturalidad, enfatizando que está siendo una historia dinámica, en la que se progresa poco a poco, a través de un diálogo cada vez más íntimo y maduro, con concreciones básicas. Ahora es más osada al hablar entre sus compañeros de facultad, todos ellos científicos, de lo que hace en sus ratos libres, cuando aparta los libros. Ya no oculta que los domingos por la noche va a una misa en la que repone sus pilas para la semana, que las canciones que tararea son de un tal Álvaro Fraile; también justifica sus despedidas rápidas sin ocultar el voluntariado que realiza en la casa

de acogida para prostitutas que tienen unas religiosas a las que conoció casualmente. Se sabe inteligente, con un cierto liderazgo en el grupo de compañeros por su don de gentes, con una imagen algo selecta que no se puede en modo alguno relacionar con la búsqueda egoísta de sí o un estatus social acomodado. Sencillamente, esta chica tiene facilidad para atraer y persuadir a los demás. A pesar de las tentaciones que comparte abiertamente, no duda en ningún momento de que su relación con Dios es tan real como la vida misma, y de que está sostenida por un amor con mayúsculas. Por esto último, empieza a parecerle que cualquier cosa en aras de seguir a Jesús de Nazaret merece la pena.

Lidia ha captado que Mariola ha emprendido decididamente una vida espiritual y se está consolidando en este camino, superando sus primeras emboscadas. Juega a su favor que huye de la falsa imagen de la vida espiritual como una vida de sacrificio y de renunciadas. La "compañada" tiene claro que por aquí, más que perder la vida, la va a ganar, no mañana, sino cada día. Sin embargo, a veces dice experimentar una extraña sensación de miedo, quizá es que vea amenazada su autonomía o se sienta empujada ante la utopía de Jesús. Mariola se convence a sí misma de ser buena chica, de estar entreteniéndose a los demás a la vez que lleva su propio itinerario personal de promesas y logros; más que sentirse pecadora, se ve a sí misma como quien sólo comete algunos pecados.

¿Quién acompaña a la acompañante?

Nuestra "acompañante espiritual" lleva años al lado de jóvenes que se inician en el seguimiento de Jesús. También con ella estuvieron diversas personas, tendiéndole la mano en sus primeros pasos y, aún hoy, confronta con una buena maestra de espiritualidad sus mociones. Ha olido de lejos que Mariola no experimenta una verdadera necesidad de salvación y pone frenos al señorío de Jesús en su mundo afectivo. ¡Y ella no está para una escucha gratuita ni para respetar ritmos! Le puede la voragine de

actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, en la que se ve envuelta. Está tensa, obligada no sabe bien por quién a sostener proyectos que en su foro más interno considera irrealizables. Mariola despierta en ella sueños de éxitos imaginados por su vanidad y quiere aplicar rápidamente la «hoja de ruta»: ¿estará dispuesta a dar pasos radicales? ¿Le propongo un itinerario vocacional? Si se descuida, Lidia se puede precipitar a una nueva contradicción por no hacer bien las cosas; un "suma y sigue" de intenciones desordenadas bajo capa de bien. A modo de flash, recuerda la intuición del Papa Francisco sobre la necesidad de crear espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales, "lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales" (EG 77). Por un momento se desentiende de la conversación con Mariola y sueña.

La tentación del evangelizador

Aquí llega la tentación de Lidia: la búsqueda conjunta de la gloria de Dios y la gloria humana, su gloria. En el desierto de los fracasos pastorales, aparece ante Lidia una chica que avanza en adhesión a Cristo. En su subconsciente: «puedo ser persona cántaro y persona que beba agua a la vez». Es el momento justo de recordar a Mariola que para la vida espiritual no basta saber quién soy, lo que más bien interesa es saber quién estoy llamada a ser. ¡Eureka! El desafío de orientar en la atracción que Mariola experimenta, para que ésta no deje de ser percibida y deseada, brinda a la vez tanto la posibilidad de ayudar a avanzar en identificación con Cristo como la de disminuir la cuenta de frustraciones apostólicas.

Lidia está siendo probada a través de una tentación. No se trata de una mundanidad espiritual descarada sino enmascarada. ¡Es sutil! La

lucha entre el buen y el mal espíritu es refinada. No está en juego una banal afirmación del egoísmo, sino quién se sirve de las cualidades y de los talentos espirituales del alma de Lidia. Aparentemente en ella hay fervor evangélico; pero, en el fondo, nos encontramos con el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica. El siguiente paso será que Lidia haga ver su buena formación para acompañar itinerarios espirituales y una confianza grande en sí misma para llevar a Mariola a buen puerto. Su mente se dispara veloz, «habría que hacer» primero tal cosa y después esta otra.

En ese instante llaman a la puerta. Interrumpe una chica de la residencia preguntando por qué no funciona la *wifi*. Ambas sonríen y Lidia se levanta a ver la calidad de la señal en el *router* que está colocado en el centro de la sala, lo más alto posible. Está entre un 30 y un 40%, de ahí que la velocidad sufra constantes oscilaciones y la estabilidad de la conexión se vea comprometida. Pide disculpas y se marcha a avisar al técnico que en esos momentos se encuentra en el edificio antiguo en el que se hospedan. Por diferentes causas, que enlazan entre sí, Lidia se demora en regresar y, cuando lo hace, Mariola le expresa que se tiene que marchar. En un trato cordial y agradable acuerdan verse en unos quince días (se pondrán de acuerdo con un *whatsapp*). La tarde, la noche y el domingo, transcurren para las dos con normalidad. Excepcionalmente, Lidia descansa. Recupera sueño perdido, sale a pasear por gusto, se pone al día leyendo el periódico con sosiego, aprovecha para quedar con una amiga e ir al cine, disfruta de las comidas y las tertulias posteriores... Pero, no sabe bien por qué, le habita un sentimiento que ensombrece y dificulta la satisfacción en las relaciones vitales y hasta consigo misma. Se siente triste y no cree tener razones para ello.

2.2 Una conversación

—Lidia, esta lucha es muy solapada y sólo con gran discernimiento la tentación es identificable, observando con cuidado y con gran disci-

plina los pensamientos en su curso, para ver si orientan a la persona hacia sí misma, hacia el amor propio, bajando así del verdadero al falso bien, o por lo menos a un bien menor. No es fácil de combatir. La victoria es don, fruto de una pasiva actividad. Contempla a Jesús de Nazaret.

—¡Tantos años de seguimiento, Ana! Y en estos momentos me percibo con apariencia religiosa pero vacía de Dios. Simplemente atreverme a dar la posibilidad de reconocerme en esta situación, me crea desasosiego.

—La desolación y la tristeza están íntimamente unidas a la tentación. ¡No te dejes vencer! Llevo muchos años a tu lado y he observado que, cada vez que te brillan los ojos, el enemigo de naturaleza humana se ha retirado hasta otra ocasión. Entonces te digo esperanzada: «¡Ánimo!, ¡avanza ahora que puedes!». ¡Te confieso que ahora te veo con los ojos muy apagados! ¡Estás en una prueba! Reza con Cristo tentado en el desierto. Descubrirás que se intenta falsear la imagen que tienes de ti misma e incluso la de Dios con ánimo de separaros. Una vez más tienes la posibilidad de ser impulsada y sostenida por la gracia para una mayor adhesión a Cristo en la fe. ¡Libera tu voluntad de esa búsqueda de gloria personal! ¡Deja la gloria sólo para Dios! Te basta su gracia para reconocer los engaños del tentador y responder al Señor con todas tus energías. Lidia,



el único camino hacia la verdadera vida es el del Señor pobre, abandonado, es decir, el Señor del triduo pascual... ¡A Él todo honor y gloria!

—Siempre te tengo para que me aportes un poco de luz en estos movimientos de consolación y desolación. Creo que mi tristeza, esa que mides por el menor o mayor brillo de mis ojos (—ambas sonríen—), nace de un deseo sincero de identificación con el Señor. ¿Sabes? El Papa Francisco nos dice que entre agentes de pastoral hay tres males que se alimentan entre sí, a saber, una acentuación del individualismo, una crisis de identidad y una caída del fervor (cf. EG 78). ¡Voy a empezar a tirar del hilo de la caída del fervor y voy a aplicar una sana sospecha! No quiero contribuir al «gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad» (EG 83). Allá donde palpo mis límites, siempre descubro potencial de nueva vida. Una vez más la cosa se puede repetir. Está de Dios que se repita.

—¡Tú nada de desilusionarte con la realidad, con la Iglesia o contigo misma! ¡Nada de apearte a una tristeza dulzona, sin esperanza, que te robe el corazón! Estas llamada a iluminar y a comunicar vida. ¡Desde que te conozco nunca has tenido «cara de vinagre»! ¡Que no se te ponga ahora! El Evangelio te invita a ser luz y sal... Toquemos otro tema: y en tu comunidad, Lidia, ¿qué tal te va?

—Bien, aceptamos y acogemos cada vez más la diversidad. Con empeño, nos acercamos a un testimonio de comunión fraterna resplandeciente. Los comienzos no fueron fáciles, quizá porque cada una buscaba su hueco y su propio brillo entre las demás. En algún caso, permíteme la franqueza, la tentación de la envidia se hizo muy presente en una hermana. Orar juntas, y orar de verdad, pidiendo la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todas, nos ha hecho mucho bien. En la capilla pusimos este versí-

culo de la carta de San Pablo a los Gálatas: «¡No nos cansemos de hacer el bien!» (Gal 6,9). Nos dijimos unas a otras que no se trataba sólo de puertas hacia fuera, también de puertas hacia dentro. Y no es que hayan desaparecido simpatías y antipatías, por mejor o peor eco de las demás en nuestra sensibilidad, pero creo que estamos más proyectadas hacia el que nos une. Es lo de siempre, Ana. ¿A Quién situamos en el centro?

—Ayuda también que juntas tengáis una mirada creyente y esperanzada de la realidad. Hay que desterrar la queja y los lamentos de las conversaciones.

—El otro día, una de la comunidad, nos pasó por el móvil una imagen de una gran pancarta donde estaba el proyecto en el que ella trabaja. Se titulaba: “*Ojos que sí ven*”. Aparecían los diferentes organismos y asociaciones solidarias que estaban colaborando juntas. Te las leo: *Norte Joven, Casa Santa Teresa, Más por ellos, Cáritas, Proyecto Esperanza Albania, Cañada Real, Por la sonrisa de un niño, Fundación Pablo Hortsman, Centro Pueblos Unidos, Villateresita, Fundación Anar, Kasak, Asociación Barró, Proyecto Esperanza Madrid, Futuro con sonrisas, Entreculturas, Bokatas y Amovearse*. La reunión comunitaria semanal giró en torno a esta imagen. ¡Cómo nos determina nuestra mirada a la realidad! ¡Y cuánto de crucial entrar juntas en comunión con la mirada de Dios! Este tipo de ejercicios nunca están de más, nunca dejan de ser necesarios. Descubrimos muchas personas trabajando en el barrio, plurales entre sí, con metas compartidas. Hay quien le puede llamar justicia social, otros “Reino de Dios”... Me pega que, sin ser lo mismo, no hay distancias.

—¿Ves? Hay motivos para alegrarse. Con total normalidad, también estas inmersa hasta las trancas en dinámicas evangélicas que te están alimentando. El “grupo” es esencial. Refuerza.

Alicia Ruiz López de Soria, ODN